

ELOGIO DE LA SONRISA

Pablo Galindo Arlés, 26/12/2014

La sonrisa viene a ser como una risa caída en desgracia. ¡Pobre sonrisa! Apenas tiene el hombre que sonríe fuerzas bastantes para abrir la boca. Cansada, no tiene la soltura que posee la risa ni mucho menos el desparpajo de la carcajada. Calla, esboza una mueca. Eso es todo. ¿Y qué nos dice sin ningún sonido la sonrisa? “¡Ah!” La sonrisa es más parlanchina con su silencio que la gárrula carcajada con su voz estentórea. Siempre aliada fiel de la mirada, unas veces expresa malicia, otras picardía, algunas placer o, incluso, triste resignación. Borrachines, cínicos o irónicos encienden con su chispa la comisura de los labios. La sonrisa misteriosa de la Gioconda, o su antepasada la Dama de Elche, no podrían ser inmortales sin pertenecer a las artes plásticas. Allá la música estruendosa de la risa con la música a otra parte. ¿No es

forzoso defender a los más débiles? ¿No es acaso justo reivindicar los derechos de los más humildes?

En primer lugar, no es completamente cierto decir que la sonrisa es tal porque no puede ser otra cosa en el mundo de la comicidad. Casi podría decirse todo lo contrario. La sonrisa es la primera instancia del reír, la red que ejerce el triaje de lo que merece o no merece reírse. No es posible que estalle la menor carcajada sin que la sonrisa preste antes su consentimiento. Es verdad que a veces precisa la ayuda de las manos para contener, refrenar y estrangular en su origen los gargajos de la risa exaltada. Mano sobre mano, la sonrisa entonces nos parece un pequeño roedor comiendo el queso entre sus menudas patitas.

La sonrisa, amigo lector, es esa comba con la cual los niños juegan divertidos con las niñas.